

1

Las consecuencias de elegir

Hay elecciones y elecciones. Algunas no cambian nada y otras lo cambian todo. De las primeras, nadie se acuerda; las segundas, nadie las olvida. Y Dana Bush, la editora política de CNN, acaba de publicar un libro sobre estas últimas. Y más allá del título algo grandilocuente, por eso de "las elecciones que cambiarán el mundo", lo cierto es que el punto resuena en estos días, cuando se acercan dos elecciones decisivas. La primera en Brasil -cuya primera vuelta es esta semana- y la segunda en Estados Unidos, con las elecciones de medio término, tras las cuales, dicen algunos, más de algo podría cambiar. Y mientras por acá todos están hablando de Trump y su Escudo de las Américas -que suena a cómic de Marvel-, lo que pase en noviembre no es irrelevante.

Lo sugiere, por ejemplo, el fin de semana pasado en una entrevista de Eugenia Fernández, Moisés Naím, para quien eso del Escudo no es más que "otra de esas aspiraciones" que impulsa Trump y que al final "tiene que abandonar". El patrón se repite, dice, "un gran anuncio muy enfático, muy novedoso, retador; la reacción perpleja de sus opositores y, al poco tiempo, el fracaso". En Washington, dice, "nadie le está dedicando tiempo", esto "no es una prioridad". Y si eso no bastara, agrega -y aquí volvemos al libro de Bush-, todo va a cambiar después de noviembre. Las elecciones, apunta, "van a acabar con una cantidad de iniciativas que no tienen apoyo y que fueron impuestas simplemente por el poder que tiene Trump". Queda esperar y ver.

Como también habrá que ver si ese famoso Escudo está envenenado o no, que es lo que sugiere Ascanio Cavallo. Porque, según él, si bien la Cancillería sostiene que esto no es un tratado y que, por lo tanto, no crea obligaciones, más vale no olvidar que "el Estados Unidos de Trump lo planteó para crear obligaciones, no para que los países adherentes las eviten". Y aquí, agrega, "la cuestión de la soberanía es la más opinable". "Los militares", escribe, "estimarán que sí hay compromiso" y "los internacionalistas, no tanto", pero "en cualquier caso, la soberanía es el centro sensible del gobierno". "Aquí", apunta, "está el corazón de su orgullo, gravemente tocado con el Escudo de las Américas". "Puede no admitirlo, pero la infatuación en ese orgullo no ayudará al gobierno", concluye.

Y si de soberanía se trata, para Max Colodro "lo que más ha golpeado nuestra soberanía en los últimos años es el avance del crimen organizado y del narcotráfico". Por eso, dice, la pregunta es "si la incorporación a este acuerdo podrá ayudarnos". Y si bien, apunta, no sabemos la respuesta, "los riesgos no son necesariamente mayores a las oportunidades".



Elevando la discusión:

los debates que marcaron la semana

Por Juan Paulo Iglesias



2

Un horizonte (aún) lejano

Y si del mundo se trata, las cosas no andan muy bien, y no sólo en el mundo, sino también por acá. Como decía Harry Truman, "la recesión es cuando tu vecino pierde el trabajo y la depresión es cuando lo pierdes tú". Y por estos lados hay algo de las dos. Adiós a las expectativas y bienvenida la realidad. En 12 meses el desempleo ha crecido un punto y esta semana llegó a 9,6%, que en los hechos son casi un millón de personas sin trabajo. Y si a eso se suma un Imacec que no repunta, las cosas van de mal en peor. Nada de punto de inflexión, como decía en julio el ministro de Hacienda en una entrevista a Pulso. A seguir esperando. Queda al menos, dirán algunos, el plan Despega, lanzado por el gobierno para reactivar el empleo. Algo es algo. Es "un punto de partida", dice Claudia Miralles, que compromete 1,3 billones para dinamizar obras e inyectar liquidez. Sin embargo, apunta, "ningún impulso



fiscal rendirá frutos duraderos si falla el diálogo, la capacidad de interlocución entre el Estado y el sector privado". "El empleo", escribe, "no se decreta, se acuerda". Y ejemplos no faltan. "En 1994", recuerda, "el Foro de Desarrollo Productivo demostró la fuerza de la concertación productiva al sentar en la misma mesa al gobierno, las empresas y los trabajadores para definir la hoja de ruta nacional". Hoy urge "rescatar", según ella, "esa práctica de conversación". La clave, apunta, está en "escuchar, comunicar y acordar".

Más aún, dirán algunos, cuando hay que cuadrar el círculo entre políticas proempleo, baja de impuestos y ajuste fiscal. Y si bien, como señala Guillermo Larraín, "la generación de empleo es urgente", Chile "llega a esta coyuntura mal preparado". Causa de "factores estructurales" -como los costos laborales- y también cíclicos, donde la IA agudiza el problema. Y ante esto, un "impulso keynesiano tiene lógica" para

abordar el desempleo, pero el riesgo es que "un déficit adicional y permanente" agrave "la vulnerabilidad que limita el margen de acción". Por eso, dice, "deberíamos revisar la regla fiscal" y diseñar un plan coherente, como se hizo tras la crisis asiática, para enfrentar tensiones que "estarán presentes por varios años". Y si de tensiones se trata, para Óscar Landerretche la solución para aliviarlas pasa primero por no confundir el síntoma con la enfermedad y, en tiempos de presupuesto, "recortar dónde duele, no dónde sobra", teniendo claro que "el hoyo fiscal no lo cavó este gobierno, se cavó durante 20 años". Para él, "la polí-

tica económica no sólo debe ser óptima, sino oportuna". Y no olvidar, como decía Keynes, que "el momento de la austeridad es el auge, no la recesión". Por eso, sus recomendaciones son "una regla fiscal que exija balance estructural al gasto corriente y proteja la inversión"; revisar "exenciones y programas mal evaluados que financien el ajuste", y "un big push en vivienda y obras públicas".

3

Democracia y cancelaciones

Pero recetas más, recetas menos -que de seguro motivarán respuestas de unos y rechazos de otros-, el hecho es que las cosas no andan bien por estos lados. Son tiempos de despedidas, como el título de la última novela de Julian Barnes, pero también de nostalgias. Algunos, como apunta Jaime Abedrapo, parecen querer regresar a lógicas primitivas, a "una sociedad en que se respete la jerarquía natural" y permita "a los más aptos gobernar". Nada de democracia.

Lo dicen desde Curtis Yarvin a Peter Thiel y parece que no van por mal camino, porque, como recuerda Alejandra Sepúlveda, citando el último informe de IDEA Internacional, las cosas no andan bien para las democracias. En 2026, por ejemplo, los países que retrocedieron (57%) superan a los que avanzaron (32%).

Y si eso no bastara, son tiempos, además, donde a veces algunos prefieren "no hablar de ciertas cosas", como afirma Óscar Contardo a propósito del caso de la escritora argentina Ariana Harwicz, a quien el festival literario de Granada le quitó la invitación por su apoyo a Netanyahu y su política contra Gaza. Un error, apunta, porque "un diálogo de un par de horas", dice, "no iba a poner ni quitar gravedad a los acontecimientos que han ocurrido y siguen ocurriendo tras el ataque de Hamas de 2023". Y que se suma a otros hechos, agrega, como las represalias contra artistas críticos de Israel, como el cineasta Yuval Abraham, autor del documental *No other land*, "acusado de antisemitismo y amenazado de muerte", dice.

"Quienes no pueden cambiar su mente no pueden cambiar nada", decía George Bernard Shaw, y algo de eso hay en esta época de convicciones intransables. Sucede por acá, según Josefina Araos, con los dichos del diputado Jaime Bassa y eso de que "pueden poner la estatua que quieran, pero la plaza seguirá siendo la Plaza Dignidad" -palabras que hoy "suenan absurdas y fuera de lugar". Y también en la Asamblea General de la ONU, como dice Tomás Pascual, "donde bajo el lema 'restaurar la confianza', el país que promovió con fuerza ese tributo del poder a la razón lo desmonta pieza por pieza", mientras "algunos de sus aliados se suman con entusiasmo". Es lo propio de estos tiempos violentos y algo veleidosos.

